

Metamorfosis social y humana

Escribe: **ADRIANO TORRES GARCIA**

Hace cincuenta años Paul Valéry, paseaba a Hamlet entre los osarios de Verdún y le hacía palpar los restos de una absurda mantanza. Aseguraba que en adelante las civilizaciones sabrían que eran mortales. Por la misma época Spengler afirmaba que la hora de Occidente había pasado y que había que pensar en hacer las maletas. Estas visiones apocalípticas se impusieron fácilmente y muchos intelectuales se aficionaron a ellas. Después de todo, ¿no resulta satisfactoria esta imagen de un crepúsculo?

Hay que examinar el asunto con más detenimiento: lo que estaba en trance de morir cuando Pablo Valéry y Osvaldo Spengler escribían, era el ideal social e intelectual del siglo XIX, el ideal de nuestros abuelos y hasta de nuestros padres. Hacia 1914 los hombres pensaban que el progreso iba a engendrar inevitablemente una sociedad habitable para todos y que las naciones constituirían las articulaciones de una armoniosa unidad planetaria, de la que quedaría excluida tanto la pobreza como la violencia o la humillación individual. Dos

revoluciones han ilusionado al hombre: la francesa y la de octubre en Rusia. Ambas utopías; no fueron del pueblo, sino sobre el pueblo. Pero la guerra de 1914 iba a recordar a los hombres formados en tan nobles quimeras que las múltiples imágenes del progreso son otras tantas drogas para los letrados, que las sociedades resisten a la penetración de los valores éticos y que la humanidad no coincide con la sociedad real.

Llenos de desilusión y despecho, los buenos alumnos de la cultura europea —cultura racionalista— se encerraron en su amargura: nuestra civilización, según ellos, moría, es decir que el sistema de valores universales, el único capaz de dar al hombre su humanidad, se desmoronaba. Se abandonó a Aristóteles y a Santo Tomás para “reemplazarlos” por Adán Smith, Marx y Freud. Había que disponerse a pasar por ciertos infiernos bizantinos. Visión melancólica, que aun hoy volvemos a encontrar bajo otra forma.

Sin embargo, estas imaginaciones tienen quizá como único origen

un esfuerzo desesperado por embalsamar ciertas ideas muertas, por preservar valores olvidados contra la efervescencia renovadora de una sociedad que se forma lentamente ante nuestros ojos, una sociedad que apenas hemos deseado y que no corresponde a ninguno de los grandes sueños ni a ninguna de las grandes utopías del siglo pasado.

Pero la verdadera dificultad para los intelectuales no reside en la desaparición de los valores "eternos", universales o históricos, sin los cuales no podrían pensar, sino en dos circunstancias particulares y ajenas entre sí: por un lado, el pensamiento europeo en su forma tecnicista ha conquistado el planeta y vuelve a nosotros irreconocible; por otro, el hombre de acción se ha apoderado en todas partes de los sueños o de las utopías concebidos por los pensadores y ha dejado de lado los valores contenidos en ellos para guardar solamente poder de dominación material sobre lo espiritual.

Un fenómeno característico de nuestro mundo es el que establece entre todos los pueblos y por encima de las estructuras sociales una red compleja de informaciones y de mecanismos de difusión del pensamiento y de los valores. No se puede asegurar que el universo se unifique y que esté accediendo a ese estado de "entropía" de que ya ha hablado algún pensador; hay que limitarse a hacer notar simplemente que la red de los intercambios intelectuales establecida por la radio, el cine, la televisión y la prensa, inclusive en su nivel más bajo, tiende a preparar un cambio completo en nuestros hábitos de pensar y de vivir. Claro que este cambio no puede observarse to-

davía, pues reemplazar una serie de patrones culturales en el hombre, no es cosa fácil.

No hace mucho tiempo que Marcel Proust y André Gide escribían en el silencio de su despacho, protegidos del mundo por una situación cómoda y holgada, ignorantes de las necesidades de un segundo oficio, desdeñando la gloria pública y no admitían ser reconocidos más que por sus iguales reunidos en capilla. Se puede decir que hasta 1945 la situación de la literatura apenas había cambiado desde la antigüedad y que, por tanto, el hombre de letras no había tenido nunca que poner en tela de juicio su conciencia de escritor, la preocupación por su gloria personal ni la idea que se formaba de su arte.

En cambio, desde hace veinte años, no solo las artes y la literatura han acabado por constituir un mercado económico de un tipo antes imprevisible, sino que además el ejercicio de esas artes o del oficio de escritor ha cambiado. Jean Paul Sartre, al afirmar su desdén por la posteridad, exige que se escriba para los propios contemporáneos y que se asimile claramente la expresión literaria o artística a un testimonio inmediatamente recibido y asimilado como tal, reconoce implícitamente el cambio de que hablamos. El hecho de que ya no existan artistas "malditos" y de que ningún escritor pueda hoy, como Stendhal, invocar una improbable posteridad, supone una clara señal de ese cambio: ya no realizamos nuestra vida y nuestra obra en "una" historia (la de Occidente, la de nuestra nación o nuestro continente hispanoamericano), sino en todos los planos, en todos los niveles de una realidad actual. Los hombres de pensamien-

to deberían tomar muy en consideración lo que les explican los físicos y admitir de una vez que viven en un mundo "planetarizado" y que las variaciones y los cambios de perspectivas se han convertido en funciones del espacio humano, dejando de ser un tiempo único, lineal, el tiempo de la historia que venía a sustituir a otros patrones.

Lo que quiere decir que la comunicación directa de las conciencias, de las imágenes, de los valores y de los signos, tiende a sustituir al encadenamiento por generaciones sucesivas y a suprimir después la idea de un arte que desarrolla en la confortable sucesión de los años y de los siglos. Ronsard podía ceñirse la cabeza con la corona de laurel de los poetas: él encarnaba la gloria eterna y la memoria. Pero hoy la gloria de un poeta depende del grado de comunicación que puede conseguir y del patrocinador.

Esta es la razón de que veamos a poetas y novelistas quejarse de su condición y dedicarse a meditar morosa y nostálgicamente sobre una época en que no se imponía la transmisión de los valores tal como hoy la conocemos. Antes, Stendhal o Dostoiewsky podían encomendarse al juicio del futuro. Hoy, lo futuro se inserta en los laberintos de las conductas humanas, de los temas de comunicación, de las transmisiones simultáneas del pensamiento y del saber. Para un escritor de nuestros días, ser es comunicarse con sus contemporáneos.

La idea misma de la gloria literaria se ha modificado; podríamos a este respecto dar diez ejemplos de escritores que se hicieron

famosos después de la guerra y a los que el renombre ha paralizado. Ello se debe a que entraron en el nuevo mundo con ideas de otro tiempo, y hoy hemos de reconocer que si Stendhal hubiera gozado a los cuarenta años del prestigio que en nuestros días procura un premio Nobel, quizá no hubiera escrito *La Cartuja de Parma*.

Es cierto que la transformación que se describe y que tiende a incluir a la literatura y a las artes en el sistema de las técnicas de comunicación y de difusión modernas, está dando actualmente como resultado, producciones mediocres, o bien desvaloriza las producciones de calidad. Pero la verdad es que siempre ocurre así cuando tenemos que habérmolas con una revolución cuya amplitud no se ha sospechado ni presentido. Y, sin embargo, el movimiento se acelera: Kafka o Joyce gozan de un renombre cuantitativamente mayor que, por ejemplo, el conseguido por Esquilo a través de todas las épocas.

Esta metamorfosis no es solo de carácter técnico, sino también profundamente social y humana: el acceso a la cultura de millones de hombres que saben ya leer o que pueden, a través de la audición o la visión, participar en los valores reservados hasta ahora a grupos privilegiados, constituye el origen de tan vasta transformación. Desde que el mecanismo de transmisión del saber ha adquirido amplitud, se ha intentado a menudo oponer "cultura de masa" y "alta cultura"; creemos que esta oposición es tan estéril como absurda, pues el movimiento por virtud del cual aumenta sin cesar el número de hombres capaces de participar en los valores —aunque sea en su forma degradada— y el desarrollo de las técnicas que permiten esa in-

formación generalizada crean un estado de cosas nuevo, que va a dominar el siglo en que vivimos. Que el campesino de Méjico o del Yunán penetre en la cultura por el intermedio de los "comics" o de las emisiones aún infantiles de la radio y la televisión, es algo que no tiene ninguna importancia. Lo esencial es que penetre en ese sistema generalizado de significaciones que por primera vez convierte al hombre en contemporáneo de unos valores que los escritores de otros tiempos vivían en grupos reducidos, proyectándolos en lo futuro o en una imagen abstracta de lo universal.

El encuentro de la cultura europea con las culturas de los pueblos llamados "subdesarrollados" implica la desaparición de los centros de cultura. No es en Atenas, ni en Roma ni en París donde se constituirán los valores de expresión, sino en todos los puntos posibles del circuito universal.

El escritor o el pintor no pueden colocarse al margen del "mercado de la literatura" o del "mercado de la pintura", pues cualquiera que sea la naturaleza de su arte en-

contrará siempre una región de la experiencia actual en la que su labor investigadora tendrá un eco.

El contenido mismo de las obras se encuentra por la misma razón modificado, puesto que, al entrar en circuito de difusión presente, hay que cambiar el sistema de las significaciones convencionales en un sentido tal que pueda obrar directamente sobre los grupos de públicos reales o posibles. Quizá el papel mismo del escritor y del artista está ya transformándose, puesto que la noción de arte se disuelve en la de comunicación. Con lo que terminarán por modificarse también los géneros de expresión actualmente admitidos.

El enriquecimiento considerable del poder significativo del hombre tenderá a restablecer la riqueza y la simplicidad de la experiencia viviente, no porque la capacidad de sentir y de vivir se reduzca, como hay quien afirma, a unos cuantos modelos fijos y siempre repetidos, sino porque la experiencia imaginaria, liberada, ayudará al hombre a integrarse más en sí mismo.